



Nueva
Antropología

4

ESCUELA NACIONAL DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA

Jan Bazant: *Cinco haciendas mexicanas. Tres siglos de vida rural en San Luis Potosí (1600-1910)*. México, 1975, El Colegio de México.

Por Laurent Guye

Durante más de tres siglos, la hacienda ha sido la piedra angular de la estructura socio-económica del campo mexicano, a la vez que la unidad de producción y universo social y político que englobaba a la mayor parte de la población rural. Considerando su importancia, no deja de asombrar la poca cantidad de estudios monográficos sobre ella. Principal blanco del movimiento campesino iniciado en 1910, las haciendas han sido satanizadas más bien que estudiadas, lo cual ha contribuido a difundir una imagen estereotípica de su economía y de las relaciones sociales que imperaban en ellas.

De ahí, el interés del libro de Jan Bazant, que describe la formación, la evolución y la organización interna de cinco haciendas del Estado de San Luis Potosí. La fuente primordial de este trabajo son los archivos particulares de una familia de grandes hacendados: los Ipiña, lo que explica de paso la selección de las 5 haciendas estudiadas: todas llegaron a pertenecer, en el transcurso del siglo XIX, a la familia Ipiña, o a la familia aliada de los Verástegui. Estos archivos se componen de libros de contabilidad, de inventarios, de listas de raya, de reglamentos de arren-

damiento, etc.; la riqueza de esas fuentes permite al autor pintar un cuadro muy realista y concreto de la vida económica y social de estas haciendas.

Lo más interesante es observar que este cuadro no concuerda con la mayoría de los clichés que circulan acerca de las haciendas. Nótese, desde un principio, que estas haciendas no eran unidades económicas autosuficientes y cerradas al mundo exterior; sino que producían esencialmente para el mercado, limitándose, por falta de medios de comunicación, al mercado regional, hasta finales del siglo XIX; pero exportaron a los Estados Unidos tan pronto como el ferrocarril permitió mayor movilización de las mercancías. Es más: las haciendas mismas (terrenos y edificios) nunca se encontraron fuera del mercado. Es falso aseverar, como lo hace Bazant (pág. 93), "que las haciendas —o todas las haciendas— hayan estado amortizadas en manos de un grupo cerrado y reducido de hacendados." Al contrario, llaman la atención los frecuentes cambios de propietarios: los terratenientes se arruinan, y venden sus haciendas a un rico comerciante o a un minero; los herederos de este fracasaban a su vez en los negocios o se desinteresaban de sus fincas, acabando por deshacerse de ellas. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, y particularmente durante el porfiriato, la propiedad rústica se estabiliza (siempre en el caso de las haciendas estudiadas); paralelamente, se puede comprobar un aumento sostenido de su valor.

Otro mito que desbarata el libro de Bazant, es el del arcaísmo de las haciendas, entendiéndose por "arcaísmo" los métodos de cultivo atrasados, el uso ineficiente del suelo, la ausencia de inversiones que bonifiquen las tierras, el cultivo de productos tradicionales, etc. Estas haciendas tenían fábricas de mezcal y de piloncillo que funcionaban con maquinaria importada de Inglaterra o de los Estados Unidos; tenían máquinas despepitadoras de algodón; producían caña de azúcar, chile, maíz, trigo, mezcal, algodón, uva; y, además, contribuían al desarrollo de la industria ganadera. El principal hacendado de San Luis Potosí, J. E. Ipiña, gastó fortunas en obras de riego y en costosos intentos de diversificación de la producción (elaboración de vino, por ejemplo).

Las páginas que se refieren a la organización interna de las haciendas y a las relaciones de producción son de las más interesantes de la obra. En eso, también, el panorama que nos ofrece Bazant difiere bastante de la imagen clásica que hace resaltar el carácter precapitalista de los medios de explotación de la fuerza de trabajo. En las haciendas estudiadas por Bazant, no existía

el trabajo obligatorio no remunerado; por ejemplo: se pagaban todos (y exclusivamente) los días de trabajo efectivo. El grupo de los peones acasillados constituía sólo una pequeña minoría de la fuerza de trabajo total, una minoría por cierto relativamente privilegiada, puesto que podía comprar maíz a la hacienda, a un precio fijo inferior al del mercado, y disponer de crédito en la tienda de raya. A propósito de crédito, hay que mencionar que en estas haciendas potosinas, las deudas que tenían los peones con la tienda de raya eran infinitamente menores que las deudas que tenía la hacienda con los peones por concepto de salarios no pagados; este medio de retener la mano de obra era mucho más eficiente y ventajoso para la hacienda que el clásico mecanismo del endeudamiento de los peones.

La mayoría de la mano de obra empleada por la hacienda se componía de peones eventuales (jornaleros) que vivían fuera del casco de la hacienda y eran contratados por día; y de un numeroso grupo de arrendatarios, la mayoría de los cuales no eran, en el fondo, más que jornaleros: arrendaban tan sólo un solar donde fincar una casucha, pagando por este "derecho de piso" una renta tan elevada que la mayor parte de los arrendatarios tenían altas deudas con la hacienda por concepto de rentas atrasadas. Por medio de tal artimaña, tenían siempre mano de obra a disposición; en cuanto lo necesitaba, la hacienda ponía a los arrendatarios a trabajar, como si fueran peones, bajo pretexto de cobrar las deudas en esa forma.

Durante el porfiriato, se observa un claro proceso de pauperización: los peones "acomodados" (acasillados) son rebajados al rango de peones "eventuales", y pierden así el privilegio de comprar el maíz a precio especial; sin recibir ningún aumento de sueldo, tienen repentinamente que pagarlo al triple del precio anterior. Gracias a este mecanismo, la hacienda logra pagar en poco tiempo todas las deudas que tenía con sus peones. Igual degradación se nota en las condiciones de vida de los arrendatarios (aumento inmoderado de las rentas, reforzamiento del control que se ejerce sobre ellos). A pesar de esto, ni los peones ni los arrendatarios abandonaron las haciendas. Bazant atribuye este fenómeno a la presión demográfica: la población rural ha crecido más rápidamente que las oportunidades de trabajo; pero en ello influyeron también seguramente el violento proceso de descampesinización y la política de represión que caracterizaron al porfiriato.

No cabe duda, pues, que Bazant presenta en su obra muchos

elementos que invitan a reconsiderar la visión clásica de las haciendas. El reproche que se le podría hacer es haberse parado en tan buen camino; es decir, no haber querido iniciar esta tarea. El autor nos proporciona datos concretos; pero, salvo en brevísimas notaciones, no trata de generalizar o de aplicar un sentido teórico a sus hallazgos.

En primer lugar, el autor nunca sale de los límites estrictamente locales que dio a su estudio, de manera que no se sabe qué tan representativa son, estas cinco haciendas potosinas, de la situación a nivel nacional. Esto es tanto más lamentable, cuanto que el mismo Bazant es probablemente la persona más calificada para establecer comparaciones entre la realidad que descubrió en San Luis Potosí, y lo que se conoce de otras haciendas del país.

En segundo lugar, Bazant restringe él mismo el alcance de sus descubrimientos al atribuir una importancia, a nuestro juicio exagerada, a la personalidad de los hacendados que son objeto de su estudio; los aspectos originales y novedosos que encuentra en el funcionamiento de las haciendas de La Parada o de Bledos, por ejemplo, parecen deducirse principalmente de las virtudes de J. E. Ipiña; semejante tipo de análisis refuerza el carácter particularista del estudio.

En realidad, estos no son más que aspectos de un problema más profundo: se tiene la impresión de que Bazant ha hecho su estudio de las haciendas sin plantear una problemática explícita. Por lo menos, no expone los problemas que quiso elucidar, ni las hipótesis que lo orientaron en su trabajo. Al disponer de tal problemática, elaborada con base en un marco teórico, el autor hubiera acrecentado el poder heurístico de su investigación y, sobre todo, hubiese podido sacar conclusiones de mayor alcance de la información interesantísima que ha reunido, trascendiendo así el carácter meramente descriptivo.

A pesar de sus limitaciones, el libro de Bazant tiene el gran mérito de enseñar cuán fragmentario y esquemático es el conocimiento de las haciendas y de contribuir a llenar esta laguna. Ojalá y se multipliquen las obras de esta índole, para que haya acumulación del material que permitirá reescribir la historia económico-social del campo mexicano en los siglos XVIII y XIX.